Justo al otro lado del horizonte
- Cartas a Callao -

Juan Alfonso Díaz Conejo

JUSTO AL OTRO LADO DEL HORIZONTE

- Cartas a Callao -

Juan Alfonso Díaz Conejo

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2025
© Juan Alfonso Díaz Conejo, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-87-1
THEMA: FV - FJM
DEPÓSITO LEGAL: M-8559-2025

A mis padres, a los que no olvido porque siempre los llevo conmigo.

Personajes:

- Don Lope García de Castro: Virrey del Perú
- Juan Castaño: Piloto
- Íñigo Ortega: Piloto
- Juan Simón: Piloto
- Capitán Hernán Sarmiento
- Alférez don Juan de Ávila
- Jorge Ocaña: miembro del Santo Oficio
- Alfonso «el Viejo»
- Julio Cervantes
- El Navarro
- María: Tabernera.
- Margarita «la Pelirroja»: Tabernera
- Silvia: Tabernera
- Rodrigo Leal
- Álvaro Núñez: Prestamista
- Fernando Ayala
- Rosa: Esposa de Hernán Sarmiento
- Beatriz: Amiga de don Juan de Ávila
- Isabel: Mujer del Navarro
- El Vasco: Carpintero del San Juan
- Vargas: Tabernero

- Teresa: Tabernera
- Felipe García: Preso
- Sánchez: Soldado
- Manuel: Ventero
- Bachiller Gimeno Fuertes
- Jaime: Marino
- Leopoldo: Marino del San Juan
- Río Seco: Marino del San Juan
- Tomás: Marino
- Juan Olmedo: Contable del Virrey
- Aaron Hass: Enviado del Virrey
- Pablo Paz: Marino del San Mateo
- Julio Caballero
- Uría: Marino del San Juan
- Rodríguez: Marino del San Juan
- Capitán Araña: Loro
- Wolfrang: Médico del San Juan
- Padre Vicente: Cura
- Sancho Solís: Médico del San Mateo
- Enrique García: Marino del San Mateo
- Gerardo Rodríguez: Marino del San Mateo
- Alfonso Gutiérrez: Marino del San Mateo
- Alejandro Casas: Marino del San Mateo
- Contreras: Marino del San Mateo
- Julián
- Jaime

En un mundo sin cronómetro, no se puede determinar la longitud.

PRIMERA PARTE

Callao, año 1616

Capítulo Primero

Su mirada se apoyaba en la barandilla, sus manos tanteaban algún obstáculo a ciegas a lo que sus ojos veían. El local estaba oscuro, aunque iluminado con canciones maltratadas; sus oídos distinguían el susurro de los dados al caer. Después de la entrada había unos escalones que bajaban. Su cuerpo se estampó contra otro que buscaba una salida.

Iba al encuentro de una mesa y un taburete donde sus huesos pudiesen descansar. Una vez sentado, apoyó su cabeza entre las manos.

—Vino, traedme vino —gritó con su voz ronca.

Era una posada oscura, de techo bajo y color ocre, de marino viejo, de cobardes de historias superlativas; simples anécdotas eran incubadas y crecían hasta convertirse en auténticas leyendas que hablaban de oro, de pueblos sumisos y de riquezas incalculables justo al otro lado de aquel horizonte azul lleno de agua.

—Aquí está su vino, Juan Castaño. ¿Hoy no juega un poco? —reía la gruesa posadera.

—Vino peruano para cenar. —Le temblaba la voz—. No quiero jugar ahora, aunque no me faltan ganas. Voy a beber un poco de este vino peruano. ¿Quieres sentarte un rato?

—¡Le veo muy hablador! Lo siento, mi amor, hay mucho trabajo. Quizá más tarde.

—¡Bah!

La barba sólo dejaba al descubierto dos ojos azules que parecían cansados. Nuevamente se empezaba a sentir solo, aunque no se encontraba mal, cierta alegría asomaba en su cansancio. Le hacía gracia María, la posadera, con sus amplios pechos, tan grandes como un par de cabezas. Siempre sonriente con todos, se acercaba a las miserias de los parroquianos y las acompañaba durante un buen rato.

Ahora miraba entretenido a aquellas mujeres que cantaban con los parroquianos. Había mugre en sus ropas, grasa en sus revueltos cabellos, amarillo en sus escasos dientes, marrón en las uñas, piojos, nidos de liendres en las costuras de la tela y manchas de rancio sudor debajo de los brazos.

Otro largo trago. Aquello no le hacía sentir el pasado ni el horrible paso del tiempo. Volvió a mirar a su alrededor. Había marinos, putas, mestizos y algún negro. Aquí y allá, sin orden ni concierto, se encontraban mesas de todos los tamaños, casi todas ocupadas.

—¡Hum! —murmuró un viejo—. Vaya cara más fea, maldito bribón... ¡Si es Juan Castaño! ¡Eeeh! —gritaba mientras se acercaba a grandes trancos.

—Viejo Alfonso, no me molestes, quiero estar solo.

—Pues has venido al sitio adecuado —decía el viejo mientras tomaba asiento enfrente de Juan Castaño.

—Me gusta la gente y el jaleo a mi alrededor. No quiero escucharte nada, ni interesante ni bobadas, y no quiero hablar con nadie.

—Ya estás beodo. Yo soy un viejo borracho, pero tú. —Hizo una pausa y señalándole con el dedo índice—: Tú eras el mejor piloto de Callao. Tú eras la puerta del océano.

—Para eso ya está ese granuja de Íñigo Ortega.

—No me embarcaría yo con semejante piloto ni a pescar bogas.

—Déjame en paz.

Juan Castaño no miraba nunca a los ojos.

—¿No te gustaría volver a zarpar? Seguro que has escuchado las historias que cuentan ahora.

Juan Castaño cerraba los ojos convencido de que todo era inútil.

—La leyenda del Tipac Yupanqui —proseguía Alfonso «el Viejo» dándole un halo misterioso al tono de su voz—. Todos hablan de ella. Dicen los indios que hay maravillosas tierras hacia el oeste, tierra firme. Comentan que Tipac Yupanqui, un gobernante indio de hace algunos años, partió con una gran flota de navíos de caña y veinte mil guerreros. Regresó con un cargamento de oro y habló de campos fértiles y de gentes ansiosas por cumplir órdenes.

—Yo ya estuve al otro lado del horizonte y no vi nada, viejo estúpido.

—Borracho de poca fe. Te abandono. —Alfonso «el Viejo» se levantaba ya de su asiento—. Si quieres compañía…

—Vete al diablo.

Alfonso «el Viejo» volvió a la tertulia y unió su voz al coro de «ángeles» que bramaban a orillas del vino.

—María, más vino —llamó Juan Castaño.

Volvía a su mente aquella experiencia tan terrible, esa sensación de espanto. Buscaba la embriaguez y quedar anonadado bajo su influjo.

Alfonso «el Viejo» estaba sonriente, aunque a veces miraba de reojo a Juan Castaño, que ya estaba con su cabeza caída sobre la mesa. ¿Qué habría ocurrido en ese extraño viaje?

—¿En qué piensa, viejo lobo?

Era Margarita «la Pelirroja». Se había sentado en las rodillas del viejo al ver a este vuelto, mirando a Juan Castaño, de espaldas a su reunión.

—Es este dolor, un poco más arriba de la barriga. Me molesta un poco.

—¿Y cuándo vas a consentir que te vea un médico?

—No quiero ver a más matasanos que te sacan el dinero para gastarlo como yo, en vino. Ahí tienes a ese rufián, que ya ha bebido bastante. Es un viejo demonio se deja caer en cada paso. Bebe un rato conmigo.

—No estáis solos los marinos, también servimos a sastres, libreros, médicos, zapateros e incluso a otros taberneros... ¡no me toque el culo! —gritó sonriente, mientras se levantaba de las rodillas del viejo.

—Me haces sudar agua cuando te siento tan cerca.

—Pero si ya eres un marino de tierra —decía Margarita, mientras le tocaba la entrepierna—. Ni siquiera coges la barca.

—Pues sí que es verdad, ya hace que no salgo. Quizá esta noche.

—Dame un beso, viejo loco, y luego ya veremos, me voy a servir otras mesas.

—Pero mira quien entra por ahí, ¡si es Julio Cervantes!... ¡Eeeh! ven para acá.

—Hola, Alfonso, ¿qué pasa? Tráeme vino, Margarita.

Julio Cervantes era un joven de cara pecosa y pelo rizado pelirrojo. Sus cejas señalaban todo lo que había de vivo en él. De su mirada siempre colgaba una trama, una historia que luego era mentira.

—¿Jugamos en esa partida de dados? —preguntó el viejo.

—No tengo mucho para apostar. Me emborracharé y nada más. Está el puerto muy muerto, ¿verdad?

—Parece todo muy amarrado, son los rumores que circulan acerca de ese navío holandés. Los nuestros no están muy cerca precisamente y hay miedo a los saqueos. ¿Cómo está tu padre?

—En la tienda, como siempre. Toda la vida trabajando hasta que un día le sorprenda la muerte.

—No hables así de tu padre, deberías parecerte a él y no buscar compañías como la mía en antros como este.

—¿Va esa partida de dados?

—Cállate, jodido niño.

—¿No hacemos nada contra ese holandés?

—Es difícil, el océano es muy grande y la costa ofrece muchos refugios, te pueden dar y esconderse. El Virrey debería estar intranquilo.

—¡Bah! Son todos unos cobardes, harían falta más agallas.

—Y más gente como esa —dijo Alfonso, mientras señalaba a Juan Castaño.

—¿Quién? ¿El borracho ese?

—Ese es el mejor marino que vas a ver en toda tu vida.

—No te creo.

—Luego, cuando haya conseguido su propósito y esté muy borracho, le echaremos una mano —dijo el Viejo, mientras miraba a Juan Castaño.

—Como gustes. Pues volviendo al tema, sólo conozco a alguien con bravura de verdad en esta arruinada ciudad.

—¿Hernán Sarmiento? —preguntó el Viejo.

—El mismo —dijo, mientras apuraba el resto del vino.

—¿Lo conoces?

—Es amigo de mi padre. Más vino, Margarita, por favor —imploró juntando las manos.

—Sólo hay un inconveniente, no es marino, se marea en los barcos. Difícil lo tiene si quiere combatir a esos holandeses.

—Gran inconveniente —asentía Julio Cervantes, mientras tomaba el vino—. Vino aguado, maravilloso vino para nuestros corazones. Para elevar el espíritu hay que beber el doble, y el triple para poder malvivir —comenzó a tararear.

—¿Sabrás algo de malvivir a tu edad? Eres un sinvergüenza que lo tienes todo y no lo sabes apreciar.

—Cállate, viejo estúpido.

—Si algún día estuvieras a mi cuidado...

—Procuraré que eso no suceda nunca —contestó un alegre Julio Cervantes.

—Pues volviendo a lo mismo de antes, tu amiguito Hernán Sarmiento es muy amigo de ese borracho, como tú lo llamas —dijo Alfonso «el Viejo» refiriéndose a Juan Castaño.

—Hernán Sarmiento no es amigo mío.

—Hernán Sarmiento le ayuda y, a veces, ¡hasta le da dinero!

—No me interesa esta conversación, me aburre soberanamente.

—Pues te digo una cosa, señor Cervantes, no es lo mismo luchar contra los indios, que al fin y al cabo son las hazañas que conocemos del señor Hernán Sarmiento, que luchar en la mar contra gentes que llegan de fuera.

—Quizá lleves razón. No hablemos de guerras.

—Fuiste tú quien puso el tema de la valentía en la mesa.

Un par de horas después, Juan Castaño estaba ya en el suelo. Alfonso «el Viejo» comenzó a dar codazos a un Julio Cervantes que babeaba en las tetas de Margarita; Margarita estaba sentada en sus rodillas. Todos estaban muy ebrios.

—Vamos a ayudar a Juan Castaño —dijo Alfonso, con esa media lengua de borracho, mientras Julio Cervantes y Margarita rodaban por los suelos; este parecía moverse y las inaguantables carcajadas les impedían levantarse.

—Margarita, me acostaría contigo ahora, aunque necesitaría despejar un poco mi cabeza.

Margarita reía a carcajadas, mientras el Viejo decía:

—Déjate de bobadas y vamos en pie, jovenzuelo. Vamos a ayudar a ese que sí está mal.

Alfonso «el Viejo» buscaba tener más manos para apoyarse en obstáculos que no encontraba, aunque con los que sí tropezaba.

—Pero si no puedes ni andar, viejo borracho —jadeaba Julio Cervantes entre risas—. Oye, Margarita, espérame que ahora venimos.

—María, ¿qué te debe Juan Castaño? —preguntó Alfonso «el Viejo».

—Todo lo que consume Juan Castaño lo paga el capitán Hernán Sarmiento. Siempre nos dice que le sirvamos sin preguntar; si Juan Castaño paga, se le coge el dinero, y si no, no.

—Bien —dijo el Viejo sorprendido—, vamos a echarle una mano.

—Uuufff. ¡Qué mareo tengo, Viejo! —dijo Julio Cervantes, mientras se restregaba la cara.

—Si esto no es nada, no seas blandengue —comentaba Alfonso «el Viejo», mientras se enganchaba a Julio Cervantes.

Entre tumbo y tumbo, fueron vadeando la posada esquivando las copas entre un mar de orines, vómitos y vino.

Tanto Julio Cervantes como Alfonso cogieron un brazo de Juan Castaño, pasándoselos por encima de sus cabezas. Tomaron aire y...

—A la una, a las dos y a las... vámonos...

Los tres cayeron al suelo. Volvieron a intentarlo, pasando sus cabezas por debajo de las axilas de Juan Castaño...

—Venga, rufián, que te flojean las piernas.

—Si es que no veo nada —decía Julio Cervantes no sin dificultad.

—Ahora.

Las rodillas temblaban. Un resto de vómito asomaba por los labios de Juan Castaño.

—Pesa bastante para ser un saco de huesos —exclamó Julio Cervantes.

—Calla y vamos a sacarlo a la alberca que hay ahí fuera, a ver si le da un poco la brisa.

Un paso tras otro, siguieron hacia las escaleras que daban a la salida. Un escalón, dos escalones, tres escalones y ya estaban fuera. Había oscurecido.

—Vamos a soltarlo un momento en el suelo —decía Alfonso, que se había erigido en el mando de la operación.

—Esta humedad te cala los huesos —comentaba Julio Cervantes, mientras no paraba de restregarse los brazos.

—Es el mar que ennoblece el espíritu y despeja la cabeza.

—El cielo está totalmente despejado, se pueden ver las estrellas.

—Hay nubes.

—Casi podemos contar esas estrellas de ahí.

—Hay nubes por aquella zona. ¡Por Dios! Deja de contar estrellas y ayúdame a meterle la cabeza en la alberca, a ver si tose un poco y ve algo de luz.

—Vamos, a por el último esfuerzo.

Volvieron a coger al cuerpo muerto y le introdujeron la cabeza dentro del agua. Esta estaba sucia y llena de bichos, pero esto era lo de menos.

—Vamos a sacarlo que se va a ahogar.

De un tirón, volvieron los tres al suelo. Juan Castaño tosía.

—Eh, amigo —le decía el Viejo, mientras le golpeaba cariñosamente la espalda—. Respira un poco que nos vamos a casa.

—Alfonso, yo me voy. Quiero convencer a Margarita para... ¿Te quedas aquí?

—Me quedo con mi amigo Juan Castaño —respondió Alfonso, más para que le escuchara Juan Castaño que para contestar a Julio Cervantes —. ¿Verdad, amigo?

Juan Castaño emitía ruidos ininteligibles.

—Hasta mañana, Viejo. ¿Nos veremos mañana?

—No lo sé, quizá salga con la barca, iré a ver si viene el Navarro.

—Pues, Dios dirá. Me voy. Dile adiós a tu amigo de mi parte, que no sé si me escuchará.

—Claro que te oye, ¿verdad, amigo? Ten cuidado con los ladrones. Se esconden donde menos lo esperas.

Julio Cervantes avanzaba con paso indeciso hacia la taberna. Margarita se había levantado y había comenzado su trasiego de copas de unas mesas a otras.

—Margarita, ¿te vienes?

—Hay trabajo —repuso seria.

Julio Cervantes se volvió buscando a María. Allá estaba, imponente detrás de la barra. ¿Sería en otro día?

—María, ¿por qué no dejas que Margarita me acompañe a…?

—Señor Cervantes, ¡hay mucho trabajo!

—Venga, mujer, con estas monedas no perderá mucho dinero, seguro que los clientes lo entenderán.

Una sonrisa comenzó a iluminarse en aquel rostro rellenito.

—Lo hago porque usted me es simpático.

—Eres un cielo, guapa —dijo Julio Cervantes, al mismo tiempo que le daba un dulce pellizco en su sonrosada mejilla .

Al retirarse de la barra, dejó las monedas encima de esta. Margarita estaba de pie cuando unas manos surgieron de la oscuridad atrapando sus inmensos pechos. Desde atrás, la voz de Julio Cervantes susurró:

—Eres mía. Vámonos, dulce flor.

—Quítame las manos de encima, sucio borracho —decía, entre risas, Margarita.

—María te deja libre de obligaciones, así que, ¿a dónde vamos?

—Pues…

—Por cierto, ¿por qué tu jefa me trata con más respeto que tú?

—Calla, imbécil. Podríamos ir a mi casa, que no queda lejos.

Margarita y Julio Cervantes salieron de la taberna comenzando a caminar por las oscuras callejuelas del puerto.

—¿Vives en la zona del puerto?

—Un poco más allá de aquellas casas, en el mismo puerto. ¿Son verdad los rumores que corren acerca de un navío holandés que está merodeando por estas aguas? —preguntó Margarita.

—Podría ser, aunque ya sabes lo que pasa en este pueblo. Si quieres que la gente dé algo por cierto, sólo tienes que ir a una taberna y soltar un rumor.

—¿Y qué sentido tendría eso?¿El tener por aquí un navío holandés?

—Creo que ninguno, aunque si fuese verdad...

—¿Qué pasaría si fuese verdad?

Julio Cervantes comenzó a decir con voz tenebrosa:

—Merodean en las noches oscuras, fondean sus navíos en lugares apartados, llegan con sus chalupas hasta la orilla y...

—¿Y? —preguntó Margarita con el miedo en los ojos.